
Sociología Rural

El homo-ruralis y el medio rural

ANDRÉS RINGUELET

Alberdi: "La riqueza no está en el suelo, está en el hombre que labra el suelo".

NACIDO EN LA PLATA en 1906. Se graduó de ingeniero agrónomo en la Universidad de La Plata en 1935. Actualmente es profesor titular de economía agraria e interino de legislación agraria en la Facultad de Agronomía de La Plata. Ha sido vicerrector de la Universidad Nacional de La Plata (1958). Secretario-administrador de la Escuela "M. C. y M. L. Inchausti", dependiente de la Universidad (1933-34). Fue secretario técnico del Instituto Agrario Argentino. Ex director de la revista "La Chacra" (1947-57). Miembro "ad-honorem" de la Comisión Nacional de Envases Textiles (1940) y jefe de la División Envases Textiles del Ministerio de Agricultura de la Nación (1944-46). Asesor del Ministerio de Asuntos Agrarios de la Provincia de Buenos Aires (1956). Es autor de unos cuarenta trabajos especializados en la rama agronómica. Dió numerosos cursos y conferencias.

LA aseveración de Alberdi es extraordinaria, como tantas afirmaciones de Moreno, de Rivadavia, de Echeverría y de Sarmiento. ¿En cuál hombre? ¿En el que labra el suelo? ¿Y quién es ese hombre? ¿Es un hombre diferente acaso? Sí, y mucho más: distinto, que es una diferencia de forma y de sustancia, de color y esencia, de calidad. La economía clásica y tradicional, la ciencia de las conjeturas que trabaja con hipótesis, creó teóricamente y por simple deducción, un ente abstracto, para defender su individualismo egoísta o su egoísmo individualista, sazonado por el afán del lucro, el homo-economicus. La tecnocracia, luego, esquematizó con más sentido de la realidad, al homo-fabris, es decir el que fabrica instrumentos. Pero antes que el sirviente del capital y el esclavo de la máquina existía el siervo de la gleba. Pues desde la "revolución neolítica", a finales de la Prehistoria, existió el homo-ruralis. Bastó que con un hueso, un palo o una piedra removiera el suelo donde enterrar una semilla

para que naciera el homo-ruralis. O el homo-rusticus como lo califica Daniel Faucher, profesor de geografía de la Universidad de Toulouse y decano, entonces, de la Facultad de Letras, en su tratado de Geografía Agraria, donde aclara: "el tipo de hombre ligado a la gleba, obscuro y necesario, sobre el que reposa la vida social".

La presencia del homo-ruralis no es imaginaria, se trata de un hecho simplemente real. Y si fue creado, no lo creó una mera abstracción o conjetura, sino la naturaleza, al brindarle una planta y el medio necesario para la vida de esa planta.

El hombre de carne y hueso —no un hombre desollado o un cadáver de hombre— tratando de satisfacer sus angustias primarias, y una vez agotados los frutos espontáneos, o agotado él por buscarlos, se puso a imitar lo que vio resolverse naturalmente a su alrededor; mas procurando —acuciado por el hambre— de encaminarlo y favorecerlo con su trabajo.

¿Qué esclarecimiento mental, qué experiencia le permitió prever la relación entre el germinar de una semilla diseminada por el viento, las aguas o los pájaros, y la que él enterró después de remover el suelo? El acto fue trascendental, cambió su forma de vida y la historia de la humanidad. Fue de tanta o aún de mayor gravedad económica y social que el "descubrimiento" del fuego.

La revelación de la siembra no es un acto instantáneo como la llama que surge del frotar enérgico. La germinación es un acontecer lento y silencioso que demanda días para anunciarse. Fáltale la activa rapidez, la luminosidad y la crepitación del fuego. Encierra todas las características de un misterio al develarse bajo tierra fuera del alcance de la mirada.

El grano, desde que se entierra, al influjo de la humedad y el calor, comienza a vivir por desdoblamiento de las sustancias de reserva y el despertar de su embrión; tal como si fuera un infante en el seno materno. Y así es, pues la tierra alberga y nutre a la plántula, como la matriz que encierra y alimenta al producto de la concepción. Mas luego sostiene y alimenta al ser germinado.

La diferencia entre planta y animal no está en la concepción (el polen fecunda al óvulo que está en el ovario) ni es extremadamente distinto el alumbramiento ya que él ocurre cuando aparecen las primeras hojas sobre la tierra y gracias a la luz —que posibilita la fotosíntesis— se independiza el nuevo ser.

Sólo que una vez "incubado", el embrión, como en los peces y

SOCIOLOGIA RURAL

las aves, fuera de la madre —la planta donde se originó el fruto— prosigue el vegetal apegado a la tierra-matriz, hasta que se reproduce y seca.

En eso está la diferencia biológica —además de tener savia en vez de sangre y además de hacer síntesis no análisis— en el nacer en la tierra y quedar unida a la tierra, de tal manera que la separación implica la muerte. Sin tierra, además, se borraría, inevitablemente, la vida vegetal. . . (y con ella la animal).

Tal el milagro doble de la planta. Primero el óvulo fecundado constituye un huevo (la planta “pone” huevos y no cacarea) que madura en fruto cuya semilla ha menester de la tierra para germinar.

Luego la planta, ligada, inexorablemente, a la tierra.

Tierra y planta constituyen una dualidad inseparable, son dos cosas consustanciadas, sin las cuales no se pueden comprender ni una ni la otra.

El humus del suelo es planta transformada, es la materia orgánica que ella elabora. El vegetal es tierra transformada, en cuanto los jugos de la savia son las sustancias de la tierra absorbidas por las raíces. He aquí la gran simbiosis entre los reinos aparentemente tan distintos de la naturaleza. Con esas sustancias minerales, los granos de clorofila elaboran los compuestos necesarios a la vida animal, y a la tierra que los ha de recibir en definitiva. (De paso hemos de aclarar que el suelo tiene propiedades físicas, químicas y biológicas y que respira, crece y se degrada).

Pues todo este complejo y extraordinario proceso es el que utiliza el homo-ruralis para su quehacer diario.

Al hablar del homo-ruralis no aludimos a términos de cantidad, porque no se trata de un hombre más. Hacemos cuestión de calidad. A la calidad que lo diferencia y lo distingue, calidad exclusiva y excluyente, propia y única del labrador. El homo-ruralis cuyo taller es la naturaleza; el productor que vive en, para y de la tierra.

Además, tal calidad, la de productor, le atribuye a éste caracteres genuinos, típicos y diferenciales; al extremo de no ser su actividad similar, ni comparable, a ninguna otra actividad humana.

El quehacer del homo-ruralis es un artesanado genético, específico de quien trabaja con la vida.

Pero volvamos a la tierra, aunque sin pretender analizarla, por

ahora, a la luz de las modernas teorías agrobiológicas, como corresponde.

Nuestro hombre, tan original como antiguo (oscuro y desdeñado) está al igual que las plantas ligado irremisiblemente a la tierra; comparte con ellas esa forma de vivir apegada, unida a la tierra.

Hay en ello una razón umbilical que no es metáfora sino un hecho funcional, casi diría fisiológico. En cuanto deja la tierra, no bien abandona su artesanado interrumpe su condición de rural, ya no es labrador.

Sin tierra pierde su cualidad y calidad de productor.

La ligazón indisoluble se establece por el trabajo, el cultivar, la tarea de hacer plantas y animales. Es un nexo o vínculo doblemente activo, por la actividad física e intelectual que el individuo desarrolla con el trabajo. Y por cuanto ese trabajo es una actividad verdaderamente creadora. Sólo el homo-ruralis crea, engendra, cría; es el sino maravilloso de su hacer biológico.

Dijimos, y no erramos groseramente, que hace plantas y animales. Pues en ello está su pericia, su habilidad que lo califica y distingue sobre los demás operarios. Esa es la finalidad de su artesanado que no en vano se adjetiva de genético.

Las formas cultivadas o domésticas, no son plantas silvestres ni espontáneas, las ha "hecho" —en sus caracteres aprovechables— la técnica. Además esa planta si no es por el preparado del suelo, la siembra artificial y el laboreo posterior, no rinde económicamente. Ha menester del cuidado del hombre; abandonada retrocede a sus formas primitivas o silvestres, hasta que desaparece.

(Ha de saberse que la mera roturación de la llanura pampeana fue suficiente para eliminar el "pasto duro", poco propicio al ganado de alta mestización, reemplazándolo por un césped tierno de gramíneas. Eso es lo que en la jerga rural se llama "refinar" un campo: obtener un alimento delicado, abundante y permanente por el simple y barato recurso de arar el suelo).

El carácter de doméstico, es decir la adaptación del vegetal a los requerimientos del hombre, la exaltación de sus cualidades útiles, es consecuencia de la intervención humana y esa es la misión del homo-ruralis.

El chacarero aplica la ciencia con un fin práctico; valiéndose de la técnica hace perdurar —con el cultivo— los caracteres útiles adquiridos y los aprovecha en mejores cosechas.

SOCIOLOGIA RURAL

Un descubrimiento científico, en el campo de la agronomía, después de sometido a prueba —experimentado— no podría aplicarse y alcanzar una expansión con vistas económicas a no ser por la presencia de este “oscuro y necesario” sujeto: el homo-ruralis.

Verdadero conquistador del desierto y constructor de la grandeza del país, de nuestro país-pampa con casi 300 millones de hectáreas de llanura fértil y climas aptos.

Ya tenemos ubicado al sujeto en el espacio y en el tiempo, encuadrado —aunque de manera hartó general— como para entender su modo y medio de vida. Conocerlo es cuestión de estudiar, previamente y con sentido agrario, el medio y ello compromete amplio y serio planteo aunque no menos acuciador por lo extraordinario y significativo.

Nuestro hombre tiene su ámbito de vida en el campo y su medio de vida en la tierra es un artesano que vive en su propio taller de trabajo y ese taller es la naturaleza.

El homo-ruralis para trabajar, es decir para cultivar la tierra, debe interferir a la naturaleza; no la destruye ni va contra ella. Por el contrario recurre a ella, trabaja con la naturaleza, comparte responsabilidades acelerando o retrasando el desarrollo de la planta, según sus conveniencias o los fines utilitarios que lo mueven.

El ha de estimular o frenar al gérmen en su crecimiento y a los factores vitales que posibilitan el proceso vital de la planta, la acondiciona y la cuida.

Para lograr un producto agrícola es necesario que se produzcan cambios absolutos en la sustancia, en la forma, en el espacio y en tiempo. Tal la semilla al germinar, la planta al crecer y fructificar o el animal al cumplir su parábola biológica (nacer, desarrollarse, reproducirse y morir).

Únicamente la agricultura produce; las demás industrias trabajan de segunda mano con la materia orgánica que ella les provee. Esta aparente incongruencia tiene, no obstante, la fuerza de una ley natural y el respaldo de una verdad científica.

La agricultura es una industria en el original significado de la palabra y en su primera acepción, del latín “producere” que quiere decir: engendrar, procrear, criar. Pues no es factible generar sin recurrir a la vida (el gérmen o el embrión) y sin cultivar los factores naturales que posibilitan el desarrollo de esa vida.

Howard ha empleado una frase feliz para expresar toda esta reali-

dad natural y económica: "la vida queda en el umbral del molino".

¿Quién es el autor de tamaña hazaña?

Ese hombre "oscuro y necesario", capaz de sobrellevar con estoicismo y larga paciencia un oficio "basto de indios y de pecheros peninsulares" según el viejo y descomedido decir castellano.

¿Ese hombre; cuál? El artífice que hace uso biológico de la tierra. Nuestro homo-raralis que trabaja con la vida y la naturaleza. ¿Se requiere más para jerarquizar su labor y dignificar su papel?...

EL MEDIO RURAL

El medio rural ofrece peculiaridades exclusivas. Esos caracteres singulares son de índole geográfica (o naturales), económica y sociales.

I. Geográficamente la agricultura tiene *expansión horizontal*; toda posibilidad está limitada por la superficie. (El área, además, es el denominador común para la economía y la sociología rural que sólo la técnica puede modificar favorablemente, al posibilitar cierta expansión vertical).

La expansión en superficie, que le establece la tierra al no poder cultivarse en profundidad ni hacia arriba —verticalmente, superponiendo pisos, como la industria— determina otro carácter que interviene, o actúa, también como denominador común: la *localización*.

Pero esta *localización* es, principalmente, impuesta por razones ecológicas. Pues la aptitud agrícola de una tierra depende del suelo y clima. El "ekos", el medio, predetermina las ramas de explotación y los sistemas de cultivo.

Esta característica ecológica subordina y contriñe, o limita, la expansión agrícola de manera más rígida aun que la anterior.

En agricultura para cosechar frutos se ha de esperar —inevitablemente— que transcurra el ciclo vital de la planta o el animal. Este período biológico es insuperable e impone tiempo para germinar o gestar, desarrollarse y alcanzar la madurez; es decir desde la siembra hasta la cosecha. De allí que uno de los rasgos primario y esenciales de la agricultura sea la *periodicidad*.

El otro rasgo primario y esencial es la *estacionalidad* que dilata, o amplía, el proceso biológico. El período vital se complica con las

SOCIOLOGIA RURAL

etapas, o ciclos que establecen los cambios climatéricos. Las estaciones interfieren el proceso biológico y es así que no en toda ni en cualquier época del año se ha de sembrar ni poder cosechar.

La periodicidad biológica y la estacionalidad climática eliminan la regularidad y la seguridad en el hacer agrícola. Dichas circunstancias actúan a manera de factores limitantes, en cierto sentido, desde el momento que reducen las posibilidades. La vida y la naturaleza ambiental conducen al fenómeno vital siempre de manera distinta, en cada individuo y en cada lugar. Según el individuo y el lugar serán los resultados.

A ello súmase la vigencia de algunas leyes naturales, como la "del mínimo" y "de la productividad variable" que malogran todo intento de acondicionar rígidamente la producción al arbitrio del hombre. El acrecentamiento matemático de un rinde no es voluntario, y resulta capcioso pretender duplicar o triplicar los frutos con sólo duplicar o triplicar la semilla. Aumentando la semilla, o los abonos, o el riego, puede obtenerse mayor, igual o ninguna producción.

Resta agregar, para dar mayor inseguridad a la agricultura, las adversidades imprevisibles, o riesgos incontrolables como las sequías, el granizo, el viento, el exceso de humedad, las heladas, los golpes de sol, las plagas, etc. que vuelven aleatorios los resultados de toda actividad agropecuaria.

Queda por analizar todavía las leyes biológicas propias de la planta o el animal pues no obstante estar todos los factores exteriores en condiciones óptimas el "poder vital" de cada individuo es lo que fija el último resultado.

Todo depende, en última instancia, de que se alcance el equilibrio entre las fuerzas biológicas de la planta (internas) con las naturales del medio (externas).

La agrobiología —ciencia de la economía genética— declaró que las fuerzas genéticas son las que hacen la función productiva, a través de la planta y el animal; y en ello cooperan, como factores concurrentes, la tierra y el clima.

La agrobiología invirtió la posición de los elementos que integran el factor naturaleza, con supremacía a favor de la vida. Partiendo de un hecho biológico, esta biotécnica, relaciona a los organismos con el exterior, buscando el máximo provecho. Estudia las fuerzas genéticas internas para acondicionarlas al medio, dándole al principio hedónico clásico un concepto funcional, biológico. Y ha hecho que

sean las ciencias naturales, por intermedio de la ecología, quienes fundamenten las conclusiones económicas de la agricultura.

II. Técnicamente la tarea agrícola consiste en estimular o retrasar los procesos biológicos en el intento de obtener mayor cantidad y calidad de la producción, por vía de la precocidad, resistencia, rendimiento y el mejoramiento de las plantas cultivadas y los animales domésticos.

Y además es función del trabajo agrícola "acondicionar" el medio a los requerimientos del vegetal o animal explotado.

La actividad agrícola es un constante "interferir" a la naturaleza en busca de un mayor provecho económico.

No se trata de una lucha contra la naturaleza, sino de una labor *en común*, armónica, con los medios naturales, pero valiéndose de ella inevitablemente.

Sin vida, sin tierra y sin clima no hay agricultura. No es posible, por más que la técnica trate de dominar el medio circundante, desentenderse de las circunstancias biológicas.

La naturaleza impone condiciones genéticas, sobre el germen o el embrión, y de la naturaleza circundante depende, en última instancia, las condiciones necesarias que ha menester la planta, o el animal, para su nacimiento, desarrollo y productividad.

No es la agricultura una mera técnica mecánica, por más que se generalicen las herramientas mecanizadas, es una técnica biológica. De allí que se afirme que el taller del agricultor sea el medio natural y que su labor consiste en una artesanía genética.

Fácil es deducir, entonces, las razones de dependencia y limitación que existen para la labor agrícola. En agricultura todo es cambiante, variable, imprevisible, aleatorio para el hombre que aún no ha podido llegar, con la técnica, a manejar la vida a su capricho.

A tales rasgos que evidencian el papel y la calidad de esta técnica agrícola —técnica biológica o genética hay que sumar muchos detalles que hacen a su forma y desarrollo y terminan por diferenciarla de todas las otras técnicas desarrolladas por el hombre.

Sólo acotaremos, a manera de orientación varios rasgos difíciles de prever en la técnica agrícola: instantaneidad, regularidad, automaticidad, reciprocidad, seguridad, dispersión.

La técnica agrícola por excelencia es la llamada "filotécnica" que consiste en operar artificialmente sobre el proceso genético de la plan-

ta. Mediante la selección, el mejoramiento o la regulación se trata de atribuir cualidades o caracteres más ventajosos, como ser resistencia, precocidad y calidad. Pero a diferencia de las otras industrias, en ésta, las modificaciones han de venir, o adquirirse, valiéndose de los fenómenos hereditarios, y por ese carácter puedan retrotraerse, cambiar o modificarse en cualquier momento.

III. Económicamente los caracteres son tan peculiares —distintos y exclusivos— como los geográficos y los técnicos.

En primer término observamos que todos los productos agrícolas son perecederos por excelencia pues la materia orgánica es poco durable y no ha de conservarse sino artificialmente. Esa cualidad “negativa” no los hace favorables para la especulación; son los menos aptos para el traficar.

A esta desventaja se agrega la disparidad del valor atribuido al producto agrícola frente al industrial no obstante hayan requerido ambos igual esfuerzo económico para su obtención. La perogrullada del kilo de plumas que pesa menos que el kilo de plomo se vuelve cierta para la agricultura. Esta desigualdad, conocida técnicamente por la expresión, o la figura, de las “tijeras”, se verifica cuando el campo intercambia sus productos con los de la ciudad o en el comercio entre un país agrícola y otro industrial.

Ello impone una posición de “colonaje” a todos los centros proveedores de alimentos y materia prima orgánica.

Es una situación de desmedro que se generaliza para todos los procesos económicos pues las fuerzas financieras, aunque trabajen con el dinero producido por el campo se manejan con criterio estrictamente bursátil, o mejor aún fiduciario; es decir simplemente especulativo. Y cuando operan en el medio rural, ya sean con seguros, créditos, ahorro o inversiones lo hacen sin tener en cuenta los hechos y valores agrícolas, obras de la naturaleza y del trabajo del campesino.

Incluso, si analizamos el factor trabajo, verificaremos como las leyes “clásicas” no se acomodan o son desdichas, de manera concluyente.

Todo lo cual se hace extensivo a la forma de calcular los costos agrícolas, de fijar los precios de los productos, de imponer las cargas fiscales o determinar los intereses.

Así se explica que perdure el concepto popular sobre el campe-

sino como “esclavo de la gleba”; o subsista su posición de “ciudadano con iguales obligaciones pero sin ningún derecho”.

La jerarquización económica del productor, su estabilidad y libertad continúan siendo aspiraciones básicas.

Todos son socios “en las buenas” del chacarreo, y meten las manos en sus bolsillos, mientras “en las malas” se los acepta como un mal necesario, o sector de gente rústica, zafia, burda, o hato de palurdos.

IV. Socialmente las circunstancias desfavorables, o de desmedro son también muchas y específicas.

El productor es un artesano biológico que vive en su propio medio de trabajo, lo que le exige cierta localización en el sitio de su actividad.

A ello se suma la razón ecológica que predetermina la producción agropecuaria y agrava su falta de libertad para elegir libremente el sitio o *lugar de trabajo*.

Y la *periodicidad* vital y la *estacionalidad* climática, que son exclusivas de la agricultura, eliminan la posibilidad de elegir libremente el *momento del trabajo*.

Además, por ser su taller el ámbito natural el hombre debe empeñarse siempre a la intemperie, expuesto a las rudezas del clima.

Otro carácter significativo de su actividad es que no puede trabajar fijo en un mismo lugar. Teniendo la agricultura expansión horizontal, el productor debe desplazarse constantemente durante su labor. Y esa tarea exigen mayor esfuerzo y tiempo por tener que hacer andando, desplazándose en superficie, y por tener que enfrentar las acechanzas climatéricas.

Fuera de ello su actividad, por ser genética, demanda una larga paciencia. Debiendo cumplir la planta un ciclo evolutivo antes de dar sus frutos, y las esperas impuestas por las estaciones, nada es posible en forma instantánea.

Es menester paciencia y no menor resignación frente a los riesgos naturales —accidentes imprevisibles e incontrolables— que con su daño (helada, granizo, sequía, etc.), malogran en un instante todo el esfuerzo de un año de trabajo.

Corona esta serie de alternativas desfavorables un hecho sensible como lo es el común desprecio por la tarea rural. Antes, trabajar la tierra era tarea de prisioneros o esclavos, luego “oficio basto de indios

SOCIOLOGIA RURAL

y de pecheros peninsulares”, y después labor de “gringos”. Hoy, menester de comunidades subdesarrolladas o pueblos de palurdos.

A la manera de pobres vergonzantes siempre hemos soslayado a lo agrícola como si se tratara de un índice de atraso, o una actividad denigrante, propia del último sujeto de las más baja escala social.

Considerando los índices demográficos de fundamental trascendencia para el proceso social, anotamos como el más significativo a la escasa densidad humana. Grandes extensiones de campo y reducida población, o, dicho de otra manera, la expansión horizontal de la agricultura y la escasa mano de obra que proporcionalmente requiere, provocan el aislamiento. Distancia y dispersión son las causas determinantes.

Distancia y dispersión, con el aislamiento como consecuencia lógica, relajan los vínculos de convivencia. No se dan allí ninguna de las relaciones sociales que caracterizan a una comunidad. Es por ello, la rural, una “*sociedad en estado de formación*”.

El grado de fecundidad y los nacimientos, con ser muy superiores a los registrados en los centros humanos (pueblos, ciudades, etc.) se vuelven sospechosos cuando responden a una alimentación deficitaria, pobre en proteínas. Y se neutralizan por la excesiva mortalidad de los infantes, antes de alcanzar el año de edad, debido a la falta de asistencia médica.

La ilegitimidad, por ser consecuencia de situaciones secundarias y de fuerza mayor (ignorancia, dificultad de formalizar las uniones o de inscribir a los hijos) no tiene la gravedad ni la significación que tenía tiempo atrás cuando imperaba el “derecho de pernada”, y el mestizaje era la expresión del adulterio. Ni tiene la importancia ni la significación del adulterio deportivo y el aborto practicado en las ciudades.

Mucho más serio y de más hondas consecuencias para el medio rural es la desintegración gradual de la familia campesina, por apremios económicos, por fascinación de la vida de los centros urbanos, o, simplemente, por razones de la educación de los hijos, una vez que terminan la escuela primaria.

Esta desintegración implica, asimismo, una incontenible desvalorización de la comunidad por cuanto emigran los jóvenes y sólo regresan los que fracasan o son rechazados por la urbe.

Considerando finalmente las condiciones de vida, en lo material todas las comodidades de que dispone cualquier núcleo civilizado no

alcanzan al poblador rural. Agua corriente y caliente, luz eléctrica, calefacción, servicios sanitarios, teléfono, asistencia médica no se encuentran a disposición de la familia campesina.

Menos los recursos que hacen al desarrollo de la mente y del espíritu, como escuelas, libros, música, teatro, conferencias, exposiciones, conciertos; es decir que educación y recreación no son tampoco para el poblador rural.

La barbarie social impera en el campo.

Ello en cuanto al medio social, al mundo circundante. Falta referirnos al sujeto, a las particularidades del individuo, o la idiosincracia de la persona, al mundo íntimo del "homo-ruralis".

En lo que hace a su temperamento, a su carácter, a su psicología dos aspectos son por demás reveladores: la forma de sentir —su sensibilidad— y la forma de expresarse. El productor es, en ese sentido, un introvertido y un monologador.

Un introvertido que hace de caja de resonancia, recreando en su yo íntimo al mundo natural circundante. Y un monologador en su deambular casi siempre solo pero que "dialoga" sin palabras con las plantas y los animales con quienes convive.